

El Club de los suicidas

O el malestar de la conciencia

Luis Méndez

El Club de los suicidas

O el malestar de la conciencia

Luis Méndez

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Luis Méndez, 2018

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

www.universodeletras.com

Primera edición: 2018

ISBN: 9788417569501

ISBN eBook: 9788417570651

A Odi

I

Fonseca tiene conocimiento del Club de los suicidas

Fonseca se arrellanó en el sofá y echó una nueva ojeada a la estancia, oscura y decimonónica. Unas pesadas cortinas ocultaban el único ventanal de la habitación impidiendo que se filtrara la luz. A su derecha se levantaba hasta el techo una repleta biblioteca de roble. A su izquierda un escritorio cubierto desordenadamente de papeles, sedimentados seguramente por orden cronológico. Era evidente que su dueño no era dado al papeleo. A su espalda, frente al ventanal, una puerta recia y alta que, a pesar de su cerradura, incomodaba a Fonseca. Él nunca habría situado un sofá de espaldas a una vía franqueable.

Por fin, Acuña, su amigo y dueño de la vivienda, apareció con una botella y dos copas en las manos.

—¡El mejor coñac! —exclamó mostrando orgulloso la botella. Las doradas letras de la etiqueta brillaron a la tenue luz de las lámparas de mesa.

—Nada de eso. Llamemos a las cosas por su nombre. La mejor droga para ofuscar la razón —dijo Fonseca jocosamente, pensando en cómo el diseño podía ponerse al servicio de cualquier fin. No siempre era cierta la afirmación «la ética es estética». Una afirmación interesa-

da que trataba de confundir —o fundir— belleza y bondad. Incluso se podía dar la vuelta a la idea: en la pobreza —antiestética de por sí—, anidaba forzosamente la inmoralidad. Afinando más, la miseria no era resultado de la injusticia social, sino de la degradación moral de sus víctimas. No faltaron doctrinas sociales que así lo pretendieron.

—De acuerdo —respondió Acuña—, pero ¿cómo no resentirnos sin nublar la razón? A estas alturas quedan pocas cosas agradables, especialmente en el arte de gustar. —Acuña se sentó junto a su amigo y con sumo cuidado depositó sobre la mesa de centro copas y botella, más preocupado por la botella que por el cristal del propio mueble—. La verdad —prosiguió— es que no es fácil hacerse a la idea de la vejez. Aunque lo cierto es que me siento como el de siempre, solo que un poco más estropeado.

Fonseca rio por lo bajo.

—Pues estoy seguro de que las jovencitas están convencidas de que nacimos así...

—Tú siempre tan optimista. —Los ojos de Acuña brillaron risueños.

—Eso, échame la culpa de los desastres de la naturaleza. Pero es cierto; los jóvenes creen que lo serán eternamente. Voy a encargarme una camiseta que diga: «Yo fui joven y tú serás viejo. Y ambos nos moriremos», y no me la voy a quitar hasta que prefieran creerme a olerme. Luego se la dejaré en herencia. No dudes que llegará el día en que la necesiten. Todo viene y va.

—Muy poético —ironizó Acuña—. El latín lo sintetizó excelentemente en las lápidas: «*Hodie mihi, cras tibi*». «Hoy a mí, mañana a ti». Aunque ya sabes que la juventud es irreductible, replicarán que no nos moriremos al mismo tiempo. ¡Solo el presente cuenta! Fugaz consuelo. Ni siquiera vislumbran que nadie tiene asegurado el instante siguiente.

—Les falta relativismo. Si se les insistiera en que muchas de las estrellas que vemos en el firmamento desaparecieron hace mucho tiempo y que solo nos llega la imagen de algo inexistente, quizás así rebajarían el valor de lo tangible.

Acuña se encogió de hombros.

—Conociéndolos no me extrañaría que te preguntaran sarcásticamente si desde las estrellas podrían ver a los romanos vestidos de legionarios; y cuánto vale el viaje. Aunque quizás tengan algo de razón. ¿Qué importa el reflejo que quede? Es absurdo sufrir para la posteridad. Hay otros valores. Un día la posteridad desaparecerá con todo lo demás.

—No es forzoso que haya que sufrir para pasar a la posteridad —objetó Fonseca—. La mayoría de los vividores ascienden cómodamente. Lo que quiero decir es que a veces presente y pasado se confunden. Cuando te encuentras con un amigo de la juventud, transcurridos ya muchos años, descubres que bajo los estropicios del tiempo se transparenta el joven que conociste. No ves a un viejo, sino al joven que fue, pero deteriorado, roto. No hay un tajo entre pasado y presente, no hay dos seres distintos con sustancias propias. El ser de antes aflora bajo la maltrecha máscara. Es como una vuelta al pasado. No ocurre lo mismo cuando conoces por primera vez a una persona mayor. En tal caso recibes la impresión de que siempre ha sido así. Que es precisamente lo que pasa con nuestros jóvenes, creen que nos parieron tal como somos ahora.

Acuña asintió.

—En nada coinciden sus percepciones con nuestros sentimientos. ¿Quieres creer que aún ahora, cuando sube al autobús una persona mayor, dudo si cederle el asiento, olvidando que yo también soy mayor? O más aun, veo a gente mayor y me sorprendo por su vestimenta. Esperaba encontrarme con los ancianos de mi juventud, con boinas negras y pantalones de pana, sin caer en la cuenta de que forman parte de una generación de ancianos posterior. Nos anclamos en una edad determinada y ahí nos quedamos. Mi padre siempre se soñaba joven. Y es cierto, no sé por qué, pero yo estoy anclado en los treinta, que curiosamente, no fue mi mejor época.

Acuña llenó las copas y, como buen degustador que era, las admiró al trasluz, satisfecho; luego tendió una a Fonseca y continuó:

—Un chico de treinta años que se ve con una apariencia de sesenta. —Fingió desencanto—. Quizás creemos que nos situamos en los treinta, cuando lo que experimentamos es una media de lo vivido. Si te piensas niño, seguramente verás a un niño demasiado maduro para tu edad, lo que significa que la percepción es general a tu vida y no referida a una edad concreta. Más injustificada resulta esa barrera entre los cincuenta y nueve y los sesenta. Un día, un abismo. Aunque luego, poco a poco, te acostumbras. Quizás todo sea producto de las reglas sociales, que parcelan artificialmente las vidas. ¿Voy a ser otro porque mi piel cambie? Soy el mismo pero en otras circunstancias; el trabajo, las relaciones, la sexualidad, el respeto, los propios pruritos. Lo que sí es una realidad es la pérdida de aptitudes físicas, de vigor, los dolores, las limitaciones, la falta de uniformidad en la velocidad del tiempo, que se acelera, pero el mismo.

Fonseca recibió la copa e hizo un gesto incierto.

—De cualquier forma —dijo—, es como si estuviera sometido a sensaciones falseadoras—. Quedó pensativo y luego añadió—: Lo cual, en casos, y subrayo en casos, podría tener sentido.

Acuña se sorprendió.

—No le veo el sentido a una sensación falsa.

—Quizás el de la necesidad.

—Nunca he oído hablar de ese sentido.

—Pues regístralo como el séptimo. Por ejemplo, todos giramos en el espacio, ¿verdad?

—Verdad.

—Y captarlo resultaría insoportable.

—Sin duda, como cualquier desajuste grave.

—Sin embargo —prosiguió Fonseca—, sería producto de una percepción correcta, aunque se clasificara, tal como tú acabas de hacer razonablemente, como un desajuste. O más claro, como una enfermedad. Es decir, que la adaptación implica en ciertos aspectos renuncia a la veracidad. Ocurre mucho con el sufrimiento ajeno. La razón necesita saber, pero los sentidos pueden necesitar ignorar. La sabiduría

en ellos podría significar disfunción, incluso autodestrucción. Se evalúa la adaptación como un triunfo, pero no se analiza a costa de qué. Las finalidades de la razón y de los sentidos puede que no sean necesariamente convergentes, y hemos de tenerlo presente para evaluar correctamente. Si somos engañados en algo de ese calibre, ¿en cuántas cosas más no ocurrirá lo mismo?

—¡Pues cuidado con esas ideas! —alertó Acuña—. Abonan los argumentos idealistas de los que quieren una realidad falsa.

—Por supuesto. Por eso hay que intentar tener una visión dialéctica, una visión siempre científica de las cosas; alertar sobre los peligros de una fe basada en unos sentidos engañosos. Nos decían que había místicos que hablaban con dios, cuando en realidad eran esquizofrénicos que hablaban solos y oían voces inexistentes.

—¿Y esa visión dialéctica y científica puede arreglar la disfunción?

—Al menos puede evitar un engaño, malo de por sí, y a su vez contribuir a atenuar el mal del enfermo, al tiempo que impide que ese enfermo sea el director espiritual de miles o millones de hombres. Quizás, mejor que empeñarnos en resultados eficaces, debemos actuar tal como creemos que debemos hacerlo. Claro, esto implica, previamente, una conciencia recta. Las palabras contienen trampas. —Fonseca tomó un pequeño sorbo, tenía reseca la boca—. Quiero decir que el que se niega a comer carne sabe que no salvará inmediatamente ni una sola vida animal, pero es el único camino válido que le cabe. Que no haya resultados inmediatos no significa que debemos renunciar a nuestros principios. Porque, ¿cómo reconciliarse con un mundo que en la mayoría de sus manifestaciones es brutal? Es justo no querer sentir la rotación y la traslación de la Tierra, pero no por ello debemos ignorar que rotamos y nos trasladamos. No podemos acabar de una vez con el sufrimiento, pero no por ello debemos renunciar a combatirlo, cualesquiera que sean los resultados. ¿Se triunfará un día? —Se encogió de hombros—. Ni tú ni yo lo sabremos. Pero si nos plegamos a lo que hay, está claro que todo empeorará. Las cosas no renovadas tienden a pudrirse. Incluso las caídas no deben evitar que

se intente andar de nuevo por esa misma senda si hay razones lógicas para ello. Tenemos que saber. Hemos de conocer la causa. Puedo caer porque mis zapatos no eran adecuados, pero también porque alguien me puso la zancadilla. Es posible que el que no quiere investigar tenga un interés espurio. No debemos dejar ningún error o falsedad a nuestra espalda. Es un nudo fundamental que hay que aclarar. Si no, actuará silenciosamente como un cáncer.

Acuña miró de forma extraña a su amigo. Sabía que no se le podía incluir entre los voluntaristas optimistas.

—¿Tan fácil?

—El fácil lo pones tú. Está claro que es absurdo pretender un mundo perfecto. Sobre todo al primer intento. Pero, si los datos lógicos dicen que las premisas eran correctas, hay que reintentarlo. No les regalemos la victoria a los enemigos de la razón.

—¿No te contradices?

Fonseca asintió.

—Muy posiblemente, porque desgraciadamente mi ánimo y mi pensamiento van por caminos opuestos. Cada día que pasa me es más difícil asumir la realidad, adaptarme a ella, por muy necesario que sea. Pero yo no soy medida de nada. Más bien soy una de esas piezas que de vez en cuando salen defectuosas. Las piezas se pueden refundir, las personas, no.

—En ese caso —añadió Acuña con fingida seriedad—, eres no una pieza, sino una especie en extinción: la de los hombres que notan la rotación de la Tierra.

Fonseca sonrió.

—Dejando las bromas a un lado, ya sabes lo que decía Sófocles: «*No haber nacido puede ser el mayor de los favores*». O Schopenhauer: «*La única, la verdadera mala suerte, nacer*». Así que no es tan singular ni excéntrico mi mal.

—Lo dicho: una especie en extinción.

—En extinción. No me preocupa la brevedad de la vida. Quizás sea mejor así. Me preocupa que esté repleta de violencia, de crueldad, de

sufrimiento; repleta de un malestar que no es producto de una percepción desviada, sino de una distorsión premeditada, y ahora hablo de la sociedad, no de la naturaleza. No soporto a los que nos mienten como si fuéramos estúpidos. Han logrado inculcar la idea de que la infelicidad es resultado de un fracaso personal, no de una sociedad pésimamente organizada. En muchas ocasiones la apariencia de felicidad no es más que una máscara para ocultar una vergüenza absurda por creer que se ha fracasado. ¿Y quién no fracasa? Aristóteles decía que llega un momento en el que no se sabe cuáles son los verdaderos éxitos ni cuáles los verdaderos fracasos. Es como si quisiéramos convencernos de que es un buen licor —mostró la copa— porque lo hemos pagado caro. Ya sabes: la confusión entre valor y precio.

Tomó un sorbo y con un gesto alabó el producto. Acuña dirigió una sonrisa agradecida a su amigo:

—Aceptado que es un excelente brandy, hay que añadir que necesitas varias dosis contra el vértigo vital. Estás en el fondo de un valle de lágrimas, como decían nuestros inefables catequistas, y ves lo que no deberías ver: que las montañas giran. ¿A tu alrededor, a mi alrededor? Otro problema. Así que hay que rescatarte urgentemente de la veracidad. Quizás por ahí va eso del árbol de la ciencia del bien y del mal. Más ignorantes hubiéramos sido más felices. La inteligencia puede degenerar en *frankensteïnismo*.

Fonseca levantó la copa.

—En lo del valle es lo único en lo que nuestros queridos maestros fueron sinceros.

—En qué pocas cosas.

Fonseca reforzó la idea moviendo el dedo índice admonitoriamente.

—Solo en eso, no en lo del árbol. Tú tírame de la lengua y luego quéjate.

Acuña rio.

—Solo en eso —prosiguió Fonseca—. Cuando hablabas con ellos eran una especie de sor Maravillas que no dejaban de exaltar la magnificencia de la Creación, con mayúscula, como si no hubiera defecto

alguno en ella, y olvidando que poco antes te habían dicho que estamos en un valle de lágrimas. Siempre la incoherencia. ¿En qué quedamos? ¿Obra perfecta u obra imperfecta y dolorosa? Una de las ventajas de la fe es que no necesita de pruebas ni de razones.

—Y hemos olvidado lo del sudor de la frente. Para ellos el dolor ajeno, por cierto, muy ajeno, no es imperfección, sino depuración, salvación. Amigo mío, te niegas al camino de la santidad.

Fonseca fingió no percibir la ironía en las palabras de su amigo. Le molestaba el escepticismo jocosos. Sobre todo cuando hablaba él.

—¿Santidad? —replicó—. Puro interés. No cabe duda. Saben más que nosotros. Saben lo inconveniente que sería reconocer que la obra del ingeniero mayor es defectuosa; cuestionaría toda la estructura.

Acuña paladeó el coñac. No respondió. Aquella conversación era antigua y estaba prácticamente agotada. Después de todo, solo diferían en el matiz que marcaban sus distintos temperamentos. Sabía que no debía provocar aquellos ataques de locuacidad, pero a la vez le divertía ver a su amigo exasperarse.

Fonseca, cansado de estar sentado, se levantó y dio una vuelta por la amplia estancia cuidando de no golpearse las piernas con las antigüedades atesoradas. Una especie de monje cubierto con capucha despertó su interés. De un metro de alto, aproximadamente, estaba trabajado en latón. Mantenía la cabeza ligeramente inclinada y las manos juntas, en posición orante. Fonseca, queriendo ver su expresión, sacó su mechero e iluminó la cara. Se sorprendió. Era producto de un trabajo meticuloso. La débil llama agudizaba los ángulos de las facciones. Especialmente expresivos eran los ojos, cuya penetrante mirada se elevaba hacia el observador. La intencionalidad era manifiesta. Era una mirada malévola que disfrutaba por haber sorprendido al indiscreto curioso.

Fonseca hizo un gesto aprobatorio.

—Interesante adquisición. Muy expresiva.

—Sí, el autor sabía qué quería transmitir.

—Por tu culpa, por tu grandísima culpa —recitó—. Como si conociera todos tus pecados...

—A mí me salió otra frase —aclaró Acuña—: No ahondes donde no debes.

Fonseca asintió y continuó su lento recorrido. Finalmente se situó en jarras ante la atiborrada biblioteca que cubría el amplio lienzo de pared. No la percibía como una masa de limitada profundidad, sino como una miríada de puertas a mundos dispares. Observar los volúmenes le producía placer. Tanto como abrirlos y oler sus páginas. En casos, el olor y la textura eran bastante mejores que el contenido. Otra estética que podía resultar engañosa. Había libros infames preciosamente editados.

Algo estaba diciendo Acuña cuando un librito de color sangre llamó su atención. Encuadernado en piel y con letras amarillas, al lado de los otros volúmenes parecía diminuto. Aunque sabía que podía coger de allí lo que deseara, realizó el acostumbrado reconocimiento de la propiedad ajena pidiendo permiso. Acuña respondió con el consabido gesto de «¡pues claro!» y Fonseca extrajo el librito.

—Mmmm, *El club de los suicidas* —dijo en voz alta. Después lo hojeó con sumo cuidado, como si cada página pudiera desvanecerse por el mero roce—. Parece una narración muy corta... Curioso, porque, cuántas cosas deben de pasar por la mente de un suicida... empezando por cómo hacerlo, que no debe ser nada fácil.

Acuña se levantó y se situó junto a su amigo, observando distraído el pequeño volumen. Después dijo:

—La verdad es que no lo terminé. Quedé en el segundo cuento. Expertos eran los romanos, quienes, según dicen, tenían ideas bastante particulares sobre el asunto.

—Bueno, mejor hablar de suicidio por orden imperial —bromeó Fonseca—. Más que suicidio era el colmo de la comodidad represora.

Acuña sonrió mientras se preguntaba por qué su amigo siempre daba una vuelta de tuerca más.

—Es posible —respondió—, aunque, al margen de esa particularidad, sostenían que era mejor suicidarse a soportar la esclavitud. Decían que no comprendían a los pueblos que preferían vivir esclavos a morir.

Es más, existía un suicidio por deudas. Si el deudor se suicidaba evitaba la posible esclavitud, la deuda se extinguía y la familia no quedaba en la ruina sujeta al poder del acreedor. Lo de la cobardía del suicidio más bien parece una idea cristiana, o judeocristiana.

Fonseca asintió.

—En eso aquí hemos sido bastante romanos. Me refiero a la autoinmolación. Numancia, Sagunto, la desconocida u olvidada Alameda...

Fonseca devolvió el libro a su lugar y continuó curioseando por las estanterías.

—Veo que te has vuelto bastante necrófilo —comentó—. Hay mucho material novedoso sobre la muerte. ¿Preparando el último viaje? Hum, un tratado sobre venenos... ¿O preparando un viaje ajeno? —Rio.

—No hay tanto. Y de cualquier forma, es un momento significado de la vida. Quizás el que más. Otra contradicción. La mayor trascendencia para el instante más breve.

—Para los ateos es un momento determinante, el fin definitivo.

—Por supuesto —replicó Acuña entendiendo perfectamente—. Y resulta extraño que muchos de los creyentes le tengan tanto pánico a lo que para ellos es precisamente el salto a la eternidad. No comprendo cómo la creencia no atempera ese miedo.

—Porque no es sincera.

Ambos rieron.

—¿Sabías que el suicidio es un acto bastante más común de lo que se cree? —continuó Acuña—. He leído que en nuestro país se suicidan más de tres mil personas al año. El doble que accidentes de circulación. Y no estamos a la cabeza.

—¿Tantos? —Fonseca se preguntó si la cosa era menos original de lo que pensaba.

—Tantos. Y puede que la cifra esté maquillada. Y más cargada de sentido social del que se le reconoce. ¿Qué carácter tiene si no la ola de suicidios de campesinos indios, arruinados por las semillas que no generan, impuestas por las multinacionales? Creo que en menos de

una década supera los trescientos mil casos. Una guerra de ocupación económica.

Fonseca regresó al sofá. Se dejó caer, como si el cuerpo le pesara demasiado. Acuña lo siguió y ambos quedaron pensativos un buen rato. Esa era una de las cualidades de aquella amistad, que podían permanecer callados sin incomodidad.

—La idea de suicidarse en determinado momento no es tan descabellada —dijo al fin Fonseca—. No estoy convencido de que sea bueno vivir con ochenta años. Y es incomprensible que lo que llaman muerte asistida resulte tan conflictiva y no un derecho absoluto. ¿Cómo no poder disponer del propio cuerpo? Increíble.

—Temen que se convierta en una vía encubierta al asesinato.

Fonseca se encogió de hombros recordando justificaciones similares que tenían un trasfondo muy distinto.

—Más valdría que se ocuparan de esos miles que sí quieren vivir y que mueren diariamente por causas evitables. Si cada vez que se les menciona compasivamente se les diera una comisión, te aseguro que se habrían acabado sus padecimientos. Ya está bien de actrices multimillonarias repartiendo gafas viejas mientras sus millones aumentan inmovilizados en los bancos.

—¿Nos incluimos?

—Nos incluimos, salvo en lo de los millones en los bancos.

Acuña se concentró pensativo en su copa; luego, tras haber bebido, dijo:

—Pero es cierto, que incoherencias. ¿Qué sentido tiene llevar al reo a la enfermería antes de ajusticiarlo, o ejecutarlo, o asesinarlo, o como quiera que se diga? Quizás los del otro mundo han protestado los gastos sanitarios. A no ser que le inyecten un tranquilizante, lo que dudo. ¿Habría encarnizamiento, o mejor, ensañamiento en los verdugos? —Tras una pausa, añadió—: No me extraña que Tolstói afirmara que la vida carece de sentido. Seguro que contravino las opiniones más autorizadas, especialmente las religiosas. Y eso que gozaba de todos los privilegios de la existencia. Imagina qué hubiera dicho de haber sido un *mujik*.

—No hubiera dicho mucho —afirmó Fonseca—. Y menos lo hubiera escrito. La población de la Rusia zarista tenía un setenta por ciento de analfabetos. Ya lo hemos comentado, ¿cómo permitir un acto autodestructivo que cuestione la base sobre la que se asientan privilegios, poderes, intereses, doctrinas...? Si la obra es maravillosa, ¿cómo concebir que alguien renuncie a ella, salvo que esté loco? —Con un gesto de cabeza señaló la biblioteca—. Si en el pasado quemaban los libros, imagina qué harían con los miembros de un club de suicidas. Hoy, más humanitarios, supongo que los meterán entre rejas, como terroristas que ponen en peligro la seguridad de la especie. Las bombas que se arrojan son, por el contrario, un instrumento al servicio del derecho humanitario. Versiones actualizadas de la Inquisición. O de las inquisiciones, que ha habido diversas. En fin, las viejas paradojas. Ya los jesuitas inventaron la casuística para librarse de la norma. Romanones decía: «*hagan ellos las leyes, que nosotros haremos los reglamentos*».

Acuña evitó contestar; casi siempre estaban de acuerdo, pero Fonseca se empecinaba en seguir apretando el botón de la taladradora aunque el tornillo hubiera llegado al fondo.

—Es una pena —prosiguió al rato Fonseca—, una organización así debería de existir. ¿Hay alguien más desasistido y solitario que quien no desea vivir? Es nadar permanentemente contra la corriente, porque lo corriente proclama la plenitud de la vida, aunque la vida se muestre miserable e inmisericorde en cuanto profundices en sus aguas. Es una doble lucha: contra los demás y contra uno mismo. Demasiados frentes. Me viene a la mente ese pobre burro, cegado y atado a una noria para el resto de su vida. Qué alivio sería para él que terminara de una vez. Efectivamente, la Tierra como verdadero infierno. Siempre he simpatizado con los albigenses.

—¿Te interesan? —preguntó Acuña sorprendido por semejante ramalazo religioso.

—Mucho. Más que una doctrina del pasado, me lo parece del futuro. Aún no se los ha comprendido. ¿Y cómo respondió la cristiandad? Con cruzadas, inquisiciones, hogueras, aniquilándolos hasta la

extinción en el escarpado reducto de un castillo. M contra M. Monfort contra Montsegur. Luego crearon la orden franciscana para echar miel sobre la hiel. Nos educan desde la infancia para convencernos de que es anómalo no ver lo maravillosa que es la vida. No sé si es la visión de esta pequeña parcela de hipotéticos pequeños afortunados o si es igual en el resto del mundo, incluidos aquellos lugares donde diariamente mueren a miles por culpa de esta aberración. Aunque sus rostros no muestran mucha alegría.

Fonseca se sentía agitado. En momentos así lo veía todo claro y se reprochaba las dudas que a veces le asaltaban sobre la lucidez de su indignación. Qué mala una época en la que la gente no se indignaba. Quienes recomendaban paciencia seguro que no estaban agobiados por problemas sociales. Esa era la gran diferencia entre interpretar el mundo y padecerlo. La realidad se evidenciaba en cuanto se descorría el velo. Y qué difícil resultaba convencer a los demás. Hasta los desfavorecidos creían que todo marchaba bien y que sus padecimientos estaban causados por su propia incapacidad. Quizás era un mecanismo defensivo para no agotar la esperanza. Y qué genial argucia la de aquellos que trasladaban su culpa a sus víctimas. Qué poder el de la mentira desleída en ficción. La mentira elevada a mito. Bastaba un decorado de cartón piedra para convencer a los incautos. Qué habilidosa escenificación que llegaba a suplantar a la realidad. El mundo no era su totalidad, sino un trozo seleccionado a la conveniencia de los embaucadores. Un país podía quedar representado por el palacio más majestuoso o reducirse al rincón más sórdido según conviniera. Unos metros cuadrados de irrealidad podían sustituir a millones de kilómetros cuadrados reales. Qué arte. Aunque la argucia no era novedosa. ¿No había estado el mundo dominado siempre por fábulas, dioses o héroes? Se levantó y volvió a pasear por la estancia, tratando de disimular su irritación; sabía —precisamente por Acuña— que no debía exteriorizar ese malestar. No sentirse afectado por la mentira o por el sufrimiento ajeno era aceptable. La indiferencia equivalía a elegancia, a salud mental; por el contrario, las demostraciones de humanidad eran

indicios de desequilibrio. Todavía le indignaba más la ambivalencia del criterio, que cambiaba según se tratara de uno mismo o del prójimo. Estoicos para la piel ajena, sensibilísimos para la propia. Si al menos se aplicaran sus propias reglas. Pero eso hubiera significado un principio de honradez, de igualdad. Pero ¿cómo ser juzgado por las leyes destinadas a los súbditos? Una de las peores manifestaciones de la farsa correspondía al apartado de la historia —¡historiografía!—. Unos historiadores que habían renunciado a su compromiso deontológico y habían abandonado su espíritu científico para convertirse en meros y sumisos propagandistas del poder. Cuando hablaban de los desmanes de las masas —en el fondo, cuánto las aborrecían y cuánto colaboraban ellas, inconscientemente, en mostrarse aborrecibles—, soliviantaban el tono, sin informar sobre las causas. ¡Es que han destruido monumentos! Sí, que incultura, que barbarie. Y el trabajo miserablemente retribuido que destruía vidas, ¿dónde figuraba como causa principal? Y si molesta la zafiedad que provoca la incultura, ¿por qué siempre se justifican los recortes de presupuestos educativos?

Adivinando cansancio en los entrecerrados ojos de Acuña, volvió al tema de la juventud. Tenía necesidad de hablar y sabía que su compañero era receptivo a ese asunto.

—Me recuerdo de joven —continuó— y no comprendo cómo unas ilusiones tan frágiles pudieron darle sentido a mi vida durante tantos años. Cuando envejeces y compruebas que tras las ilusiones en realidad no había nada, te sorprende la inconsistencia de la vida y la credulidad de la gente. Se señalará a los hijos como valor compensatorio. Pero los hijos, salvo excepciones, tienen una vida similar a la de los padres, es decir, se reproduce y duplica la historia. No creo que la mera reproducción se justifique por sí misma. Y no es que me olvide de esos seres que sobreviven precariamente cada día. Su lucha es admirable. Ves a esas pobres gentes, a veces rebuscando en los contenedores de basura, y compruebas que tienen una vitalidad extraordinaria, surgida de la necesidad desnuda, de la nada. Y a más nada, más vitalidad. ¡Hasta su paso es firme! Son como esas patatas que crecen nu-

triéndose solo del agua de un frasco. Misterioso. Por otro lado, ¿cómo no valorar a tantos genios que confían en su propio talento, despreciando el malsano mercadeo del mundo? ¿O a esos idealistas que en la mayoría de los casos malogran sus vidas por los demás? Pero, a pesar de todo... —negó con la cabeza—. Estamos ante un teatro en el que o participas con entusiasmo o eres expulsado. ¿A dónde? ¿Al fracaso? Otro engaño. Cada ilusión que aboradas raro es que no termine en una decepción. Pero nosotros, erre que erre. Para eso, mejor no esperar nada y disfrutar de una quietud sin ambiciones. No es que uno sea un ser perfecto sin apetitos, pero es bueno saber el verdadero valor de las cosas. Para mí tiene más valor descansar junto a un perro que pasear junto a un primer ministro. Y no me falta lógica.

Acuña lo miraba inexpresivamente. El alcohol empezaba a ralentizar sus sentidos, lo que no le resultaba desagradable. No sabía a dónde quería ir a parar su amigo. Ya habían hablado de todo eso. ¿Cuál era el nuevo matiz?

—De acuerdo en lo del perro, pero, aparte de dar rienda suelta a tu nihilismo, ¿de qué hablas en concreto? —preguntó.

—De unos jóvenes a los que les han robado las expectativas. Y de la sorpresa que me causa que no se den por aludidos. ¿Cómo pueden aceptar una vida tan incierta, tan precaria, tan sin perspectivas, y encima mostrarse triunfalistas? Pero si hemos retrocedido décadas.

—Quizás su impotencia les ha llevado al máximo escepticismo, y esa actitud que tú interpretas como acomodamiento, incluso como triunfalismo y arrogancia, no es sino repudio absoluto. ¿Qué pueden hacer?

—¿Qué pueden hacer? Como mínimo expresarse.

—Bueno, ahí están las redes sociales.

—¿Y qué dicen?

Acuña guardó silencio. La verdad era que no lo sabía.

—No muestran preocupación por cómo van las cosas —prosiguió Fonseca—. Nunca tanta educación ha dado resultados tan pobres. Saben mucho sobre el instrumental, pero no saben dónde y para qué utilizarlo. Faltan objetivos. El noventa y nueve por ciento del conteni-

do de las redes es cotilleo. Si dentro de siglos se recuperan todos esos mensajes que intercambian entre ellos, la impresión será la de una generación sin problemas. Hasta se creen eso de que la tecnología ha de causar irremediabilmente empobrecimiento económico en las personas; que las injusticias son técnicamente inevitables. ¿Tan difícil es deducir que si la producción aumenta más que la natalidad no puede haber empobrecimiento? En todo caso habrá mal reparto.

—Comprendo —dijo Acuña sin entusiasmo. Le pesaban los párpados. Y él no sufría de tales necesidades como para dar botes de indignación.

—Pero no compartes.

—No es que no comparta; es que no sabría decirte qué se puede hacer.

Fonseca quedó pensativo. Sonrió desvaídamente.

—Quizás manoteo contra mi complejo de culpa.

—¿Complejo de culpa? —Su interés se despertó—, ¿Y eso?

—Hay momentos en los que me siento bien. Hasta me incomoda reconocerlo, aunque no creo que mis satisfacciones sean exageradas: un sofá, un libro, un programa que me guste; nada que me apremie... que no es poco. Entonces es cuando surge esa vergüenza, comparada mi vida con la de criaturitas a las que les falta de todo. El adulto sin sufrir, y los niños que nada entienden, sufriendo lo indecible. Eso se acumula día tras día; entonces vengo aquí, parloteo incansablemente y te torturo.

Acuña hizo un gesto enérgico con la cabeza.

—¡Qué tortura ni ocho cuartos! Lo que faltaba, ni poder hablar entre amigos. Lo entiendo.

—No lo sé.

—Lo entiendo perfectamente —protestó Acuña—. Y empeñarse en demostrar que la conciencia es un elemento real es positivo. Hasta en los animales la hay. El otro día veía un vídeo en el que dos hipopótamos salvaban a un ñu de las fauces de un cocodrilo. ¿Tendremos que recurrir a los animales para demostrar que la conciencia existe? Y

lo que has dicho es muy cierto: tantas criaturas sufriendo y dos vejedores disfrutando de lo que a ellos falta. ¿Cómo no voy a entenderlo, so pena de ser un desalmado? Es vergonzoso. No se puede decir otra cosa. Pero si rebuscas en esos sentimientos terminarás enloqueciendo.

—O muriendo. A veces esa idea es la única válvula de escape. A veces me digo que cuando yo desaparezca solo se habrá resuelto mi padecimiento, me consuelo pensando que un día el mundo desaparecerá.

—Muy pocos estarán dispuestos a admitir como sana esa idea.

Fonseca realizó un gesto de desgana.

—¿Es más justo desear que este horror se eternice? Las razones de la humanidad me resultan cada día más extrañas; por insustanciales, por carentes de ecuanimidad, por hipócritas, por carentes de fondo, por carentes de reflexión. Por insensibles.

—Miles de filósofos y científicos podrían rebatirte.

—Por supuesto. ¡Los ilustres académicos! Pero ya ves los resultados. Imagina a uno de ellos como cobaya en un laboratorio de experimentación y que le propusieran la desaparición incruenta del mundo como medio para acabar a su vez con su sufrimiento. ¿Crees de verdad que elegiría seguir sufriendo por la humanidad? ¿O la idea del sacrificio solo sirve para el otro?

Acuña sonrió torcidamente.

—Seguro que todo el mundo optaría por el sacrificio. —Soltó una carcajada.

—Claro, es evidente el permanente sacrificio del mundo por el prójimo. Por eso reinan la paz, la fraternidad, la igualdad y la felicidad. Sin guerras, explotaciones, ni privilegios. Pero aun sabiendo que no es así, uno no puede evitar sentirse una especie de pesadilla que va contra los designios de... la especie.

Acuña frunció el ceño. Observó el rostro de su amigo: aquellas conversaciones demudaban su rostro, generalmente anodino.

—¿Eres tú la pesadilla —preguntó— o lo es la realidad, puestos a ser imparciales? Nada de lo que has dicho es irreal o exagerado. Pero hables o calles, nada cambiará. Lo que sería un muy mal síntoma,

además de inadmisibles, es que dos adultos no pudieran tocar estos temas porque corren el peligro de enfermarse o de enemistarse. ¿Enfermar por decir en voz alta lo que sabemos? El hombre a lo largo de la historia se ha enfrentado a situaciones muy dramáticas. Representaría un grado inadmisiblemente de inmadurez. En ese caso, cualquier autor social medianamente comprometido debería colgar sus útiles de trabajo. ¿Que sucede así?, por supuesto; estamos en el nivel más alto de egoísmo y nada puede incordiarlos. Pero es inaceptable. Ya vemos los resultados. Resumiendo: que si cabe algún tipo de reproche no ha de dirigirse precisamente contra ti, sino contra los causantes de los males, incluso contra los indiferentes a ellos. Otra cosa es que sí, son asuntos que causan malestar. Pero ¿podría quejarse Bruto de que lo señalaran como magnicida?

—Tu paciencia es admirable.

—Es que estoy de acuerdo contigo. Cosa distinta es que crea que en la vida existen otros componentes que hay que admitir; componentes que puede que tú desprecies porque son emocionales e incluso irracionales. Pero ahí están, insoslayables. Por ejemplo, el valor con el que se afronta la vida. A veces es como un reto. No dejarse vencer.

Fonseca no pudo reprimir una sonrisa.

—¿El valor por el valor, al antiguo modo castrense? Pero si incluso referido a una única persona ni el valor ni la cobardía son uniformes. Recuerdo que cuando niño, viendo una película con mi padre, ante la escena de un soldado que desertaba, comenté: «¡Qué cobarde!». Mi padre, que había estado en dos guerras —ocho años consecutivos de atrocidades, lo que incluye cadáveres colgados de los ganchos de las carnicerías y pueblos enteros metidos en iglesias y quemados vivos—, me preguntó por qué decía eso. «Porque huye», respondí. «¿Y si no tiene motivos para combatir, dijo él, y si es una guerra injusta?». No se me olvidará aquella lección. Además, no se trata solo de no morir, sino también de no matar, que no es menos importante. No solo hay miedo por uno mismo, también lo puede haber por el prójimo. Embestir porque la sociedad lo ordene es absurdo. Cierto que puede

haber miedo, pero también asco. No dejarse vencer: el mal es ya tan incorpóreo que ni resulta desafío personal. O lo abordamos entre todos o no hay nada que hacer. Menos aún por el prurito del valor.

Acuña removió el líquido de su copa. Siempre que lo hacía veía en la reducida superficie un movimiento denso, semejante al del mar. Lo mayor reflejado en lo menor, lo menor contenido en lo mayor, como los átomos en los planetas, como los sistemas planetarios en los átomos. Recordó una frase: «*En una sola gota de agua se encuentra el secreto del inmenso océano*». Bebió el resto del inmenso océano.

—Ese es el problema —dijo—. Efectivamente, hay distintos valores y distintos miedos. Decía Voltaire que para iniciar una discusión lo primero era ponerse de acuerdo en los términos. Habría que definir qué son valores sabios y valores estúpidos; lo mismo con los miedos. Eso nos permitiría evitar que la palabra vergüenza condicione nuestras ideas y elecciones. Otro absurdo. ¿Cómo no temer a un ciclón que se te viene encima? Los animales, verdaderos luchadores cuando la necesidad lo requiere, no se avergüenzan por huir. No está comprobado que todos los valientes al modo convencional sean capaces de enfrentarse a un pelotón de fusilamiento por seguir unos ideales pacifistas. Quizás ese concepto de valor por la vida, ese necesario afrontar lo que venga, sea lo que sea, esté algo traído por los pelos. Lo curioso es que tiene fuerza. No sé si venía incorporado en el lote de defectos y cualidades innatas, o nos lo han inoculado pérfidamente.

Fonseca asintió.

—La mayoría de las convenciones son estupideces interesadas. Los amos de las fortalezas necesitan siervos que se las protejan. ¿Hay mejor forma de conseguirlo que lanzando el oprobio de la cobardía contra los remisos? Sin embargo, no voy a negar que hay valores y valores, y miedos y miedos, como bien has distinguido. ¿Cuáles son sus raíces? No lo tengo claro. Sobre una trinchera pasan mil balas por segundo. El que saca la cabeza, ¿es valiente? Primero habría que averiguar si sabe lo de las mil balas. Respecto al suicida, qué figura tan contradictoria. ¿Es un valiente, es un cobarde?

—Es un hombre más. Lo que sucede es que efectivamente, su acto es muy contradictorio. Implica huida, pero a la vez un acto de poder destructivo. Es incapaz de afrontar lo que para otros son pequeñas cosas, y sin embargo, es capaz de enfrentarse a lo que todo el mundo teme, a la muerte; es más, a la muerte por propia mano. No se le puede negar valor.

Fonseca observó la esfera de su reloj: el tiempo convertido en eterno retorno. Teoría falsa, conservadora. Lo estático, lo permanente. Nada volvía. Después dijo:

—Desconectamos al suicida del cuerpo social, lo individualizamos. Pero ¿y si él es la llaga de ese cuerpo, el síntoma de una enfermedad colectiva? Pensarlo seguramente molesta en estos tiempos de individuos irrepetibles que son idénticos entre sí. Pero creo que estamos enfermos a causa de la brutalidad y de la insensibilidad que nos rodea y a la vez provocamos. Se quiere *desocializar* el asunto, pero es social. ¿Es posible no resentirse por la violencia de la naturaleza y de la sociedad? Saber más es sufrir más. Nos llega mucha desinformación, pero también información. Me sorprende lo poco que se reflexiona sobre esta máquina productora de víctimas, cuando no somos ajenos a esas víctimas. O somos sujetos activos o sujetos pasivos, pero nunca sujetos extraños. ¿Cómo no afectarnos por el sufrimiento de cualquier ser vivo? Es más, ¿cómo no sospechar que ese sufrimiento pueda volverse contra nosotros? Para mí, la palabra víctima, junto a la de dolor, es la palabra más horrible del diccionario y la más diseminada por la realidad. La mayoría cree que lo peor es la muerte. Pero se muere una sola vez, mientras que se padece muchas veces. La palabra víctima reúne elementos físicos y morales. En ella hay crueldad, impotencia, abuso, indefensión, humillación, soberbia, escarnio, prepotencia, lucha en desigualdad de armas, desesperación, debilidad física o mental... ¿Repudiamos esa desigualdad en los artificiosos tribunales y la ignoramos para el resto? Una incongruencia más. Por eso es tan del gusto de los ventajistas. Pero no lo denuncies, serás un elemento tóxico, al margen del maravilloso impulso vital. Qué farsa.

Acuña cogió la botella.

—¿Un poco más de este oscuro líquido para aclarar las ideas?

Fonseca asintió. Como siempre, después de hablar se sintió incómodo. El antiguo proverbio chino sostenía que solo el silencio es grande, o que si la primera flecha no acertaba en el blanco, había que dejar de disparar. Pero él no aprendía. El silencio también podía ser reaccionario. Había países en los que opinar estaba mal visto y considerado como una falta de educación.

—Encontremos una explicación en el fondo del vaso —respondió mirando con afecto a su sufrido amigo.

Acuña sonrió.

—Después de todo, la vida en sí es una droga y como todas las drogas, mata. Así que investiguemos la muerte probando todos sus venenos. No en vano las farmacias tienen por símbolo una copa y una serpiente.

—Es muy difícil que los demás acepten la muerte con normalidad —dijo Fonseca sin haber escuchado a su amigo—. Nadie quiere hablar de ella. Sin embargo, nosotros, que estamos más allá de esos prejuicios, podemos resolver que si el temor a la vida puede provocar el valor ante la muerte, bien manejado, ese valor puede ser muy productivo.

Acuña miró con extrañeza a su amigo.

—¿Productivo? ¿En qué sentido?

—El hombre que pierde el miedo a la muerte debería sentirse libre. En la antigüedad, los seres humanos, especialmente los guerreros, tenían vidas muy inciertas. No sabían si vivirían al día siguiente. Solían morir jóvenes, valerosamente, o eso es lo que se sobreentiende. Posiblemente ese estado mental los obligaba a valorar adecuadamente lo que poseían, a la par que disfrutarlo sin inhibiciones. Dentro del riesgo general podían permitirse riesgos menores que condimentaran su existencia. Por el contrario, el hombre moderno tiene pánico al fin. Acomodándolo lo han infantilizado a tal grado que solo piensa en jugar. Pero a lo que iba, un ser sin miedo a la muerte puede resultar muy peligroso, como peligrosos eran aquellos guerreros casi suicidas.

El suicida potencial, ¿se da cuenta de ese poder? Y una vez consciente de él, ¿no podría cogerle gusto a esa situación de provisionalidad? Imagina a un conjunto de ellos organizado.

En el rostro de Acuña se dibujó una expresión extraña. Luego, rápidamente, sus ojos volvieron a velarse.

—No lo sé. No es lo mismo un suicida que alguien que no teme arriesgar la vida. ¿Crees que un suicida tiene ánimo para tales proyectos?

—Puede que no —respondió Fonseca—. Quizás, como en el miedo y en el valor, haya múltiples tipos de suicidas. Quizás los haya lo suficientemente fríos, de forma que su ánimo no intervenga en su decisión. El otro día leí un artículo curioso. Trataba de un experimento en el que previamente a un enfrentamiento deportivo se inducía la idea de la muerte en algunos de los varios equipos contendientes; el resultado era que la mayoría de los inducidos ganaron el partido disputado. Me pregunto si será verdad, y cuál la intención.

Acuña disimuló un bostezo. La imagen de su gran cama pasó por su mente. Otra forma transitoria de morir. Que maravillosa esa fracción de tiempo entre la consciencia y la inconsciencia.

—Experimentos militares —respondió—. Estarán estudiando si es rentable meter miedo.

—Está estudiado y saben que sí. Volviendo a la vida, el joven disfruta de su juventud, de poco más —añadió Fonseca—. No creo que haya un porcentaje significativo que tenga asegurado un gran futuro. No me pidas que defina ese disfrute. Quizás sea suma de energía y de inconsciencia. La fuerza de la naturaleza desplegándose. La naturaleza haciendo su trabajo, como el árbol que se abre paso entre las copas que lo rodean y le disputan el oxígeno. Luego, pasado el tiempo, ya con cincuenta, sesenta... miras atrás y no sabes qué ha pasado. No te preguntas por el sentido de las cosas, sino tan solo por el cómo. Hasta sospechas si no has padecido de una locura lúcida transitoria. Te sorprendes de que verdaderas locuras salieran bien, y a pesar de que niegas el destino, ves su mano, protegiéndote de tantas insensateces. Que fe ciega en la casualidad, en la convicción de que todo irá bien a pesar de

no haber causa para ello. Inconsciencia, quizás. Pensar en la muerte descargó la tensión excesiva de esos equipos, por lo cual, más dueños de sí, menos obsesionados por un acontecimiento menor, obtuvieron la victoria. La tensión impide que fluyamos. Los jóvenes fluyen. ¿Has disparado alguna vez?

—No.

—Es increíble, pero ese tiempo que pasa el tirador aquietándose, no es teatral, aunque lo parece. Si antes de disparar has recibido un disgusto, te aseguro que no darás en el blanco. He ahí el mérito de esos tiradores que combinan esquíes y puntería. Tienen un pulso extraordinario. —Después añadió, distraídamente—: Quizás debería haber un club así... Como dicen de Dios: si no existiera habría que inventarlo.

Acuña se levantó y con las manos a la espalda dio una vuelta por la habitación. Dudaba. De repente paró justo al lado del monje de latón. Sin darle importancia, dijo:

—¿Y si existiera?